

ENTREVISTA AL DR. PABLO MARTÍN SÁNCHEZ, PROFESOR EN LA ESCUELA DE ESCRITURA DEL ATENEU BARCELONÉS Y EN LA UNIVERSITAT POMPEU FABRA



¿Quién, alguna vez en su vida y por pura egolatría, no buscó en Google su nombre para comprobar si existen otras personas con las que se comparte antropónimo? Así, nació *El anarquista que se llamaba como yo*, la novela que catapultó el éxito de Pablo Martín Sánchez y lo convirtió en un referente de la literatura actual en lengua castellana.

Sin embargo, las dotes literarias de este joven catalán no se reducen a la escritura, ya que la traducción también desempeña un papel capital en la vida personal, profesional y artística de este autor singular.

Natural de Reus, Pablo Martín Sánchez es graduado superior en Arte Dramático y licenciado en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, además de osten-

Hesperia. Anuario de Filología Hispánica, XXVI-2, 9-14



tar un máster en Humanidades y un doctorado en Lengua y Literatura Francesas (Université de Lille) y en Teoría de la Literatura y del Arte y Literatura Comparada (Universidad de Granada). En la actualidad, forma parte del equipo docente de la Escuela de Escritura del Ateneu barcelonés como profesor de novela, y de la Universitat Pompeu Fabra en el grado de Traducción e Interpretación.

De entre sus publicaciones destacan el libro de relatos *Fricciones* (E.D.A, 2011) y las novelas *El anarquista que se llamaba como yo* (Acantilado, 2012), *Tuyo es el mañana* (Acantilado, 2016) y *Diario de un viejo cabezota* (Reus, 2066) (Acantilado, 2020); obras, algunas de las cuales, han sido traducidas a lenguas tan variopintas como el francés, el inglés, el neerlandés, el polaco o el checo.

Pese a su formación, Pablo encontró en la traducción otro modo de conectar con la literatura, lo que le ha llevado a verter al castellano obras de grandes autores de la talla de Marcel Schwob, Wajdi Mouawad, Franck Thilliez, Marta Carnicero, Adeline Dieudonné, Édouard Louis, Delphine de Vigan, Yannick Haenel, Joan Benesiu o Violaine Bérot. Esta faceta, en la que se desenvuelve como pez en el agua, le ha permitido, en 2022, recibir el premio de traducción Ángel Crespo, uno de los certámenes más prestigiosos de este campo.

En este número especial que la revista *Hesperia* dedica a la traducción no podía pasarse por alto la figura de Pablo Martín Sánchez, a día de hoy el único miembro español del Oulipo (*Ouvroir de littérature potentielle*), y al que hemos tenido la suerte (y el orgullo) de entrevistar con el fin de que, queridos lectores, conozcan a este hombre que halló en las palabras, ya sean creadas como traducidas, un acto de supervivencia.

Pablo, ¿cómo llegaste al mundo de la traducción?

Uy, es un poco largo de explicar, pero intentaré resumirlo. Mi madre era profesora de francés en un instituto de Reus y tenía como compañera nada más y nada menos que a Marisol Arbués, una de las traductoras de *La Disparition*, la novela lipogramática de Georges Perec. Supongo que mi primer interés por la traducción vino de ahí, en plena adolescencia, y que eso marcó inevitablemente mi manera de entender el oficio. También debo mencionar a Justino Gracia Barrón, que fue profesor mío en la Sorbonne y me invitó a formar parte del Atelier de Traduction que dirigía; y a Maria Oliver Marcuello, a quien tuve como profesora en la

Universitat de Barcelona, en una asignatura optativa de traducción del segundo ciclo de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, y que fue quien me dio la primera oportunidad en el sector editorial. Me invitó a traducir a cuatro manos una biografía novelada de Bob Marley (aunque ya antes había colaborado con Lluís Hansen, del Institut del Teatre, en la revisión de una traducción de *Le Retour au désert*, de Bernard-Marie Koltès). Mi primera oportunidad en solitario me la dio Paco Torres, que me propuso traducir un librito tan corto como delicioso, *La Croisade des enfants* de Marcel Schwob, poco después de haber publicado en su editorial (EDA Libros) mi volumen de relatos *Fricciones*, así que puedo decir que mi carrera como traductor y mi carrera como escritor van de la mano (y realmente las entiendo como las dos caras de una misma moneda... sin que tenga muy claro cuál es la cara y cuál la cruz). Por último, no puedo dejar de mencionar a Elena Ramírez, de Seix Barral, que hace ahora diez años me propuso traducir una de las mejores novelas que haya leído y traducido nunca (*Anima*, de Wajdi Mouawad), con la cual puedo decir que me convertí en traductor profesional.

¿Consideras la traducción una utopía?

No, para nada. El movimiento se demuestra andando y la traducción, traduciendo. Es cierto que con determinados textos, especialmente aquellos escritos bajo traba, la traducción supone un reto mayúsculo, cuando no una entelequia. La traducción de un palíndromo, por ejemplo, será necesariamente un nuevo palíndromo cuyo sentido puede tener poco que ver con el palíndromo original: traduzcamos al francés o al inglés, por no decir al chino, «Dábale arroz a la zorra el abad» (o, mejor aún: «Dábale anal paz a Zaplana el abad»), a ver qué nos sale. Aun así, creo que siempre habrá alguna manera de traducirlo, aunque sea parafraseándolo.

En una de sus frases célebres, Perec describe la vida como el transcurso de un lugar a otro, haciendo hincapié en que, para sobrevivir, es necesario evitar los golpes que nos encontramos en ese proceso transitorio. ¿Cómo esquivas esos «golpes» cuando traduces una literatura tan compleja como lo es la literatura potencial?

Procurando no esquivarlos, sino encajándolos de la mejor manera posible, ja, ja. Esos «golpes» son la sal de la traducción, si no fuera por ellos creo que no traduciría.

Ya que tienes la suerte de ser tanto autor como traductor, ¿qué hay de cierto en el dicho *traduttore, traditore* según tu propia experiencia?

Curiosamente, si esa frase se ha hecho célebre, no ha sido por lo que dice, sino por cómo lo dice. La clave de su éxito está en la paronomasia. En todo caso, tachar al traductor de traidor es no entender en qué consiste el arte de la traducción: un acto hermenéutico que hace que existan tantas traducciones como traductores. Nada más y nada menos que lo que ocurre con cualquier texto (sea original o traducido): cada lectura es una interpretación y hay tantas interpretaciones como lectores.

Sé de buena tinta que Cortázar fue una gran inspiración para ti cuando te adentraste en el mundo de la literatura. El propio Cortázar aseveró que ser traductor literario fue de capital importancia para formarse como escritor. ¿Concuerdas con él?

Sí, sin duda, lo que diga Cortázar va a misa, ja, ja. No, hablando en serio, creo que fue Cortázar el que dijo que escribía novelas para ser mejor cuentista (dándole la vuelta al tópico que dice que los escritores escriben cuentos para foguearse antes de escribir novelas). Parafraseando al gran cronopio, cada vez tengo más claro que no traduzco para aprender a escribir mejor, sino que escribo para aprender a traducir mejor.

Debido a tu faceta como escritor, ¿te sientes cohibido para intentar no dejar tu impronta cuando traduces e intentas conscientemente limitarte a tu papel como traductor en lugar de creador?

No, es como si un actor no quisiera dejar su impronta en el personaje que encarna. Yo cuando voy al teatro no quiero ver al Hamlet de Shakespeare, quiero ver al Hamlet del actor que lo interpreta, que para algo se llama intérprete. Del mismo modo, cuando me traducen a mí, quiero que los traductores dejen su impronta en la lengua de llegada.

¿Te has planteado (o te gustaría) autotraducirte?

Si fuese realmente bilingüe, me lo plantearía, porque me parece un acto creativo muy interesante. Pero lo cierto es que no soporto traducirme al francés, ni siquiera al catalán, me siento tremendamente inseguro.

En una entrevista afirmaste que no podrías estar cuarenta años sin leer, pero sí sin escribir. ¿Y sin traducir?

Es cierto que he dicho eso alguna vez, pero con el tiempo he llegado a la conclusión de que leer, escribir y traducir son tres formas de un mismo acto: cuando lees, de algún modo traduces e incluso escribes; cuando traduces, es evidente que lees y escribes; y escribir no deja de ser otra forma de leer (y de traducir). Así que reniego de lo que dije: lo que no podría estar son cuarenta años sin leer, escribir o traducir.

Según Octavio Paz, cuando un traductor se aleja del trabajo literal es cuando realmente se acerca al trabajo literario. ¿Qué opinas al respecto?

Habría que ver qué entendía Octavio Paz por trabajo «literal», pero supongamos que se refería a un tipo de traducción que pretende *ceñirse* al máximo al texto de partida. En este sentido, a mí no me gusta distinguir entre traducción *literal* y traducción *libre*, yo lo que creo es en la traducción *justa*, que a veces puede ceñirse más al original desde un punto de vista lingüístico (sintáctico, gramatical, semántico) y otras no, pero siempre persiguiendo el mismo objetivo: reproducir en el texto de llegada el efecto que el traductor considera que el texto original produce.

Confesaste no ser el mismo que el de hace unos años y que cuando lees, por ejemplo, *El anarquista que se llamaba como yo*, lo haces con otros ojos, desde otra perspectiva. Recientemente, has traducido *L'Anomalie*, que te llevó a ser galardonado con un importantísimo premio. ¿Crees que si hubieses traducido esta misma obra en los inicios de tu profesión como traductor el resultado hubiese sido muy diferente al actual?

Sí, no sé si *muy* diferente, pero un poco sí. Creo que toda traducción depende del momento en que ha sido traducida, del mismo modo que toda lectura depende del momento en que se haga. Pero en el caso de *L'Anomalie* es aún más evidente, aunque solo sea por el hecho de que en mis inicios como traductor aún no era miembro del Oulipo, el Ouvroir de Littérature Potentielle, que preside Hervé Le Tellier, autor de *L'Anomalie*. De hecho, voy a hacer una revelación: yo aparezco (camuflado, aunque con nombre y apellidos) en *L'Anomalie*, algo que probable-

mente me habría pasado desapercibido de no haber sido oulipiano en el momento de traducir la obra... claro que, entonces, no habría aparecido, ja, ja.

Haciendo referencia a *La Odisea*, Raymond Queneau afirmó que, en este libro, Homero narra la historia de un hombre que adquiere una personalidad y que, transcurridas diversas vivencias, vuelve a adquirirla. ¿Consideras que la escritura y la traducción te han permitido recuperar tu propia personalidad cuando, quizás, pudiste creerla perdida en el momento en que abandonaste el mundo de la interpretación?

Supongo que «personalidad» y «persona» tienen el mismo origen etimológico (*máscara*), de manera que todo sería una cuestión de máscaras: me quité la de actor para ponerme la de escritor y traductor...

¿Qué recomendarías a aquellas personas que quieren dedicarse a la traducción literaria y que, normalmente, no se cuenta?

No sé si se cuenta o no, pero yo les daría la misma recomendación que me dio en una ocasión mi profesor de ajedrez: que cuando encuentren una buena solución (jugada, decía él), busquen otra mejor.

Si tuviese que describir a este multifacético amante de las palabras diría que es un mago de la péndola, un maestro de la narrativa y, muy especialmente, un experto tejedor de tramas marcadas por una fuerza narrativa imperiosa a las que no hay nada que reprochar.

Leer a Pablo Martín Sánchez es placer, emoción y conocimiento. Porque, a través de la pluma, es capaz de plasmar los recuerdos que jamás se han escrito, de retener las palabras que no se quedaron y de encerrar las miradas que un día volaron.

Entrevista realizada por Valentina Marta Rodríguez